

## LAS PRINCIPALES AMENAZAS A LA DEMOCRACIA LIBERAL

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Fernando Vallespín Oña\*

En la inauguración de un congreso reciente sobre populismo, el conocido politólogo Yves Mény hizo la siguiente manifestación: “Tengo una mala noticia y una buena; la mala es que la democracia está en crisis; la buena es que siempre lo ha estado”<sup>16</sup>. Con ello quiso quitar hierro al actual debate sobre la amenaza de los populismos y la situación de angustia que se ha asentado en algunos sectores de nuestra *intelligentsia* por el oscuro devenir de nuestra forma de gobierno. De hecho, hay toda una línea de investigación que parece regodearse en asomarse al abismo. Libros con títulos como *Así mueren las democracias* (Levitsky y Ziblatt)<sup>27</sup>, *El camino hacia la no libertad* (T. Snyder)<sup>38</sup>, *Cómo fallece la democracia*<sup>49</sup> (D. Runciman) y muchos otros nos alertan del peligro que nos acecha. La causa parece ser siempre la misma, el florecimiento de las opciones de extrema derecha y el indudable giro hacia liderazgos autoritarios en algunos países que hasta ahora habían emprendido avances importantes hacia una mayor democratización, como Turquía o Brasil, o la generalización de prácticas *iliberales* en algunos Estados de Europa Oriental. Aunque lo que de verdad nos puso los pelos de punta fue el triunfo de Trump en las elecciones americanas de 2016, y, en ese mismo año, la votación del Brexit después de una demagógica campaña llena de mentiras y emociones en ebullición. Que fuera precisamente allí, en dos de las más

---

\* Sesión del día 25 de febrero de 2020.

<sup>1</sup> Yves Mény, lección inaugural del congreso *Angry Times. Populism and Democracy Discontent*, celebrado en la Universidad de Tallín, Estonia, 13-14 de febrero del 2020.

<sup>2</sup> LEVITSKY, S./ZIBLATT, D., *Cómo mueren las democracias*. Barcelona: Ariel, 2019.

<sup>3</sup> Timothy Snyder, *El camino hacia la no libertad*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018.

<sup>4</sup> RUNCIMAN, D., *How democracy ends*. Londres: Profile Books, 2018. A estos libros puede añadirse también el de Yasha Mounk, *El pueblo contra la democracia. Porqué nuestra democracia está en peligro y cómo salvarla*. Barcelona: Paidós, 2019.

antiguas democracias del mundo, donde se produjo este giro perverso fue lo que de verdad hizo sonar todas las alarmas.

La gran cuestión que todo esto suscita es si, como Mény daba a atender, estamos ante una crisis más de la democracia o si, por el contrario, la situación comienza a ser excepcional. Por decirlo en otras palabras, ¿esta vez vamos a tomarnos el término “crisis” en sentido literal o en el más general al que parece que aludía el profesor francés y es el de uso más común? Recordemos que el DRAE define crisis, este sería su sentido estricto, como una “situación grave y decisiva que pone en peligro el desarrollo de un asunto o un proceso”. Crisis, en su acepción etimológica, es el momento de la decisión; el punto, generalmente asociado a una enfermedad, en el que se produce una ruptura que precipita una serie de acontecimientos. Encaja mal, por tanto, con lo que se presenta como una situación permanente. Algo que siempre está en crisis en realidad nunca lo está. Aplicado ahora a la democracia, por tanto, permitiría aplacar los temores. Quizá por eso mismo Mény lo presentaba como la “buena noticia”.

En realidad, la eterna crisis de la democracia deriva de su naturaleza bifronte, normativa y empírica. O, lo que es lo mismo, las exigencias del ideal del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo nunca encuentran una plasmación adecuada en la vida real. Su condición de principio regulativo sirve para que lo veamos, por decirlo con Robert Dahl, como un proyecto siempre inacabado. Por eso mismo, este mismo autor prefería hablar de “poliarchías” en vez de democracias propiamente dichas. Las democracias realmente existentes, si se me permite la expresión, siempre tendrían rasgos defectivos, aunque solo sea porque deben ir adaptando sus principios, su marco institucional y sus prácticas al inexorable cambio social y político y a desafíos siempre cambiantes. Caer en la desmesura normativista nos conduce, pues, a la melancolía. Todo ideal, por definición, nunca encontrará una concreción; como ocurre con el horizonte, cuando más creemos aproximarnos a él, tanto más se va alejando. Por eso fue inevitable que algunos nos sonriéramos cuando los jóvenes del 15-M comenzaron a exigir una “¡democracia *real* ya!”. Ahora bien, quedarse en sus diferentes manifestaciones empíricas nos conduce a aceptar lo dado como lo único posible y acaba siendo, a la postre, estéril, si a lo que aspiramos es a una mayor perfección de nuestro orden institucional. El hecho es que la democracia opera siempre en esta tensión entre las exigencias normativas y la adaptación a circunstancias empíricamente dadas y esto es lo que la condena, como decimos, a arrastrar esa “crisis” endémica.

Sin embargo, todo parece indicar que hoy estamos ante algo más, que la noticia sobre la crisis de la democracia es, en efecto, una “mala noticia” y que, por consiguiente, no pueden banalizarse los síntomas. Su crisis, en el sentido literal o estricto antes mencionado, es real. No porque muestren síntomas de fatiga unas u otras instituciones, como el parlamento o los partidos políticos, sino porque su actual deriva puede hacerla caer en el autoritarismo. Este es el gran temor que se

transmite desde esa nueva literatura pseudo-apocalíptica, toda ella muy influida por el relativo éxito de prácticas, figuras o movimientos populistas. Por simplificar, el populismo como gran amenaza al modelo de democracia liberal; en particular a aquellos elementos que subsumimos bajo el adjetivo de “liberal”. Y aunque tengo para mí que el concepto de democracia *iliberal* es un oxímoron —una democracia sin controles efectivos del poder no es tal— puede que este sea el destino hacia el que nos estamos dirigiendo.

Llegados aquí, me gustaría hacer un par de advertencias sobre lo que sigue. Por obvios límites de tiempo, no voy a entrar directamente en un análisis del populismo. Entre otras razones, porque a mi juicio, sin negar su naturaleza de peligro para la democracia, el populismo es sobre todo un *síntoma* más que una causa de la actual situación. Posee un indudable carácter de reacción ante el acelerado cambio social, y eso hace que no podamos despacharlo sin entrar en toda una larga serie de problemas económicos, culturales y psico-sociales que ahora nos exceden. Pero entre las cuestiones que lo han reverdecido, hay una importante que tiene que ver con los cambios que ha experimentado y está experimentando la política y, por tanto, la democracia. Aquí es donde nos vamos a fijar, en todo aquello que apunta hacia un mal funcionamiento de algunas de sus dimensiones clave. Creo que los fenómenos que están detrás de estas preocupantes distorsiones podrían reducirse a tres palabras: globalización, complejidad y cambio tecnológico. Son tres conceptos distintos pero que se conjugan al unísono; su interrelación es tan evidente que ninguno de ellos se puede explicar sin los otros. Precisamente por ello podremos prescindir de su presentación analítica. Eso sí, teniendo bien presente, y me encargaré de recordarlo, que es allí hacia donde deberemos mirar cuando abordemos los temas sobre los que centraremos nuestra atención.

Cuáles sean estos temas, las dimensiones en las que son perceptibles señales de crisis, y cómo puedan presentarse de la forma más clara y simple posible es algo a lo que le he dado muchas vueltas. Siempre he admirado ese tipo de análisis a lo Albert Hirschmann, que son capaces de incorporar una gran cantidad de complejidad a partir de pocas distinciones. Esta habilidad no me ha sido concedida, lo siento, pero me atrevo a intentarlo. La primera dimensión en la que me voy a concentrar puede reducirse al problema de los nuevos límites a la acción política, la restricción de la soberanía derivada de la globalización. Democracia y globalización serían aquí las palabras clave. La segunda aborda ya problemas de otra índole, que fundamentalmente tienen que ver con la ruptura de los clásicos canales de mediación entre sociedad y política, los déficits que apreciamos en el sistema representativo, uno de los aspectos donde la erosión institucional de la democracia es más apreciable. Y, por último, mi enfoque se concentrará en la manera en la que las nuevas tecnologías están reorganizando el espacio público. Va de suyo que no podré hacerlo sino de forma muy esquemática. A partir de estos tres temas al final de la presentación intentaremos acceder a algunas conclusiones.

## 1. DEMOCRACIA Y GLOBALIZACIÓN

En este tema lo esencial es ya bien conocido. El núcleo del problema se encuentra en esa conocida declaración de Jean-Claude Juncker en plena crisis económica: “Sabemos lo que hay que hacer, pero no sabemos cómo ser reelegidos después de hacerlo”. Lo que hay que hacer, así es al menos como interpreto a Juncker, es plegarse a los imperativos sistémicos, a las demandas y restricciones que sobre la acción política nos impone una economía crecientemente globalizada. El porqué puede afectar esto después a la reelección es obvio: porque dichos imperativos no suelen coincidir con los deseos que nos trasladan los ciudadanos, como fue evidente en ese mismo periodo en todo el sur de Europa. En general, las promesas electorales quedan huérfanas una vez que se asumen las “responsabilidades de gobierno” y sus titulares han de verse las caras con los constreñimientos estructurales de nuestra “democracia conforme al mercado” (Merkel), las presiones de los grupos de interés o los requerimientos del gobierno multinivel.

La política en un sentido enfático cede así ante la política como mera “administración”, que está limitada por todo un conjunto de fuerzas sobre las que ya no cabe ejercer un control democrático soberano. Buena parte de las demandas populares quedan sin respuesta por no encajar, se supone, con la lógica sistémica. En el interior de los Estados no sólo se sufren las asimetrías derivadas de la desigualdad creciente, que puede estar rompiendo el siempre difícil equilibrio entre democracia y capitalismo, sino también las presiones que provienen de los mercados desregulados.

Dicho con otras palabras, la causa del actual malestar democrático tendría menos que ver con la democracia que con la *política* misma; es en ella, en su incapacidad o *impotencia* para imponerse sobre los constreñimientos que le imponen otras esferas donde estaría el auténtico problema. Y su efecto, en palabras de H. Willke, es el “*desencantamiento* de la democracia”<sup>5</sup>, provocado por la fractura cada vez mayor entre lo que se vive y percibe en el espacio público, tan transido del estruendo de las proclamas y promesas políticas, y lo que luego podemos “hacer”. Desde el momento en el que se niega que los ciudadanos puedan ser dueños de su destino y se les alienta a sujetarse a fuerzas impersonales se desvanece, al modo weberiano, la magia de la democracia. La globalización, asociada a una creciente tecnocratización derivada del aumento de la complejidad, es lo que habría provocado esta *Entzauberung* (desmagificación o desmitificación) de la democracia.

Desde una perspectiva más general esto ya lo había conceptualizado Robert Dahl con su “dilema entre eficacia sistémica y popularidad”, que lo pre-

---

<sup>5</sup> WILLKE, H. *Demokratie in Zeiten der Konfusion*, Fráncfort: Suhrkamp, 2014.

sentaba como el intercambio o *trade-off* más apremiante en los sistemas políticos contemporáneos”. Déjenme que lo cite:

Las políticas que parecen preferibles para los gobiernos no son necesariamente las que los votantes aceptarían, particularmente a corto plazo; y lo que constituye una estrategia exitosa en la contienda electoral puede no ofrecer las mejores opciones como política gubernamental<sup>6</sup>.

¿Pero quién decide lo que podemos o no podemos hacer? Cada vez que se suscita esta cuestión todos los dedos apuntan hacia los nuevos paganos, los expertos, los tecnócratas, la infantería de la política sistémica. Son los encargados de representar la despolitización de la acción gubernamental; el que toda crítica al sistema y a las pautas de gobierno dominante se confronten a la criba de lo que sea o no *factible*. Y para ello se apoyan en la postura más descorazonadora para un demócrata, el “esto es lo que hay”, “esto es irrealizable”, “hacemos lo que hay que hacer”. Reconocer los límites de la acción política siempre se ha visto como un signo de *realismo* que honra a cualquier político; es más, como lo que le confiere la cualidad de tal. Pero entre sus virtudes está también el superar las condiciones objetivas para que sea posible una acción política ajustable a las demandas y preferencias de los ciudadanos. Impedir imaginar que las cosas pueden ser también de otra manera es la actitud más antidemocrática posible. Aparte de que detrás de muchos de esos supuestos constreñimientos a la acción política se esconden también intereses específicos, blindados, además, bajo un manto imbatible, el conocimiento experto.

Las dos principales fuentes de tecnocratización de la política son, obviamente, la *europización* y la sujeción al neoliberalismo económico de los mercados desregulados. El primero de ellos, la europeización de la política, opera habitualmente detrás de puertas cerradas, alejado de la mirada pública; la transparencia y la necesidad de aportar razones para apoyar unas u otras políticas se ve así considerablemente mermada. Con el agravante de que favorece el predominio de los Ejecutivos, quienes habitualmente negocian en Bruselas, con la correspondiente limitación del Legislativo. Los mercados desregulados de la globalización, por su parte, restringen la capacidad de acción económica y fiscal de los gobiernos y fortalece al sector financiero, ya sea nacional o internacional, y a los bancos centrales —y al BCE en la zona Euro— dentro de los Estados.

Con todo, y a pesar de las muchas reacciones viscerales que este estado de cosas ha producido en los movimientos populistas, no es mucho lo que se pueda hacer. Danny Rodrik ya nos advirtió hace tiempo del *trilema* en

---

<sup>6</sup> DAHL, R. “A democratic dilemma: system effectiveness versus citizen participation”, en *Political Science Quarterly*, vol. 109, 1, 1994, p.140.

el que nos introduce la mundialización cuando enfrentamos la relación entre democracia y mercados globales<sup>7</sup>. Bajo las actuales condiciones hay que elegir entre tres opciones en conflicto: a) *restringir la democracia* para ajustarla más eficazmente al mercado; b) *limitar la globalización* para permitir que así recobre aquella gran parte de la legitimidad perdida; o c) *globalizar la democracia*, con lo cual habremos de restringir la soberanía del Estado-nacional. El aspecto dilemático de la ecuación resulta del hecho de que tenemos que escoger, al menos entre dos de estas opciones, no podemos tener las tres cosas a la vez —soberanía nacional, democracia y globalización—. Lo deseable, a nuestro juicio, sería la opción c), pero predomina la opción a); y lo que los populismos desean es claramente la opción b). No por recuperar la democracia necesariamente, sino para fortalecer al Estado-nación, para supuestamente recuperar *soberanía*. Solo así podría ser América *great again* o “recuperar el control” el Reino Unido. Lo dejo aquí, aunque muchas de estas cuestiones habremos de recuperarlas más adelante.

## 2. LA CRISIS DE REPRESENTACIÓN

Bajo este rótulo habremos de referirnos a dos dimensiones distintas de la misma. La primera tiene que ver con los partidos políticos, algo a lo que no prestaré excesiva atención, porque desde casi su mismo origen siempre han sido objeto de análisis críticos. El aspecto que considero crucial en estos momentos es el del proceso de intermediación política visto desde una perspectiva más amplia de la llevada a cabo exclusivamente por los partidos. Nuestra tesis a este respecto será que buena parte de lo que ocurre hoy en el sistema de partidos y el comportamiento electoral obedece a factores que son exógenos a ellos mismos, pero que en gran medida explican el núcleo del problema; a saber, la paulatina pérdida de conexión entre estas organizaciones y su electorado tradicional, algo que se ha visto favorecido por las nuevas tecnologías de la comunicación.

Muy esquemáticamente, el malestar con los partidos se suele explicar en la ciencia política actual a partir de las siguientes consideraciones: 1) Su “cartelización”, el que apenas sean distinguibles ideológicamente entre sí. La ficción de las supuestas diferencias entre ellos a las que obliga la competición electoral o el juego gobierno/oposición son vistas cada vez más como eso, “ficciones”; para la percepción ciudadana es el mismo perro con distinto collar; votar a unos u otros resultará al final en decisiones similares. O, por decirlo en palabras de una de las teóricas del populismo, Chantal Mouffe, que

---

<sup>7</sup> RODRIK, D. *The Globalization Paradox. Democracy and the Future of the World Economy* 2011. Véase, sobre todo, pp. 200 y ss.

optar por unos u otros es como elegir entre Pepsi Cola y Coca Cola. El “gobierno por inercia” y el “gobierno administrativo” (R. Rose), junto con otros factores, estaría debilitando la tradicional distinción izquierda-derecha. 2) Que, como consecuencia de lo anterior, habría crecido la interpenetración entre Estado y partidos. Estos últimos se adscriben más al sistema político que a sus representados; son organizaciones marcadas por una profesionalización tecnocrática que están más pendientes de su propia supervivencia y sus beneficios corporativos que por conectarse a las verdaderas necesidades de sus electorados. 3) Que muchas de las funciones tradicionales de los partidos —representación de intereses, agregación, intermediación— ya no son satisfechas únicamente por ellos. Los canales de representación están cada vez más diferenciados y la agregación de intereses y gran parte de las decisiones políticas se “delegan” en exceso en instituciones no mayoritarias, como jueces o agencias regulatorias. 4) Que hay una tendencia a que las élites del partido se retiren de su soporte en las bases, y que el partido a la postre pase a ser el “partido en el parlamento” y/o en el gobierno o en las propias instituciones europeas. Lo importante no serían tanto los militantes cuanto la élite dirigente. Sobre esto volveré enseguida porque por la presión populista se está produciendo un cambio que conduce a una creciente selección de líderes por sus militantes, e incluso simpatizantes, que ha distorsionado toda la lógica interna de estas organizaciones en el ejercicio del liderazgo. 5) Que los ciudadanos, por su parte, se habrían distanciado de la política convencional y retirado a formas de vida individualizadas; serían ciudadanos privatizados en gran medida ajenos a lo político. Esta “defunción de la implicación en la vida política”, como lo llama Peter Mair, se manifiesta en su menor participación electoral, su creciente volatilidad y en su visión de lo político a partir del paradigma del *consumo* político. Lo que les importaría son los resultados que obtienen de sus gobernantes, no su compromiso público.

Hasta aquí, *in nuce*, lo que venía diciendo la ciencia política convencional. Las alarmas que ha hecho sonar el populismo nos ha hecho, sin embargo, más sensibles a introducir otros elementos en la ecuación representativa. Un buen ejemplo de ello, como afirma el historiador francés Pierre Rosanvallon, es que hemos pasado de una “representación social”, que asumía la expresión de clases sociales objetivas y de ideologías, y por tanto “intereses y visiones de la sociedad y su devenir”<sup>8</sup> a una “representación identitaria” en la que los líderes políticos desplazan a los partidos en esa función representativa y se erigen en una suerte de “catalizadores directos de una aspiración popular”. Buenos ejemplos de ello los tiene en su propio país, porque este es el caso de Macron, Mélenchon o la propia Le Pen. De esta forma, habríamos transitado de “una lógica de representación de la sociedad, a una lógica de representación como identificación”: no buscamos cobijo bajo

---

<sup>8</sup> ROSANVALLON, P. *El buen gobierno*, Buenos Aires: Manantial, 2016, p. 27.

el paraguas de un partido que representa situaciones sociales objetivas, sino vernos reflejados en el líder. Somos nuevos narcisos con la tentación siempre al acecho de convertir la soberanía popular en un proceso de selección de líderes que transforma al “político por vocación” en “hombre-pueblo”<sup>9</sup>. Aparece así la personificación de la naturaleza misma de la democracia basada en el “principio de encarnación” con ese líder según la versión secularizada de rey-soberano que ya formuló Hobbes. El resultado es una perversión democrática, pues “la buena democracia” fue pensada, por el contrario como manifestación de un poder *impersonal*, colegiado, parlamentario. Esa fue la idea fundamental de la Revolución Francesa. Con el tiempo, sin embargo, y volvemos a Rosanvallon, se ha ido reforzando el poder ejecutivo frente al parlamentario, derivando en esa fuerte personalización de la política que ha terminado incluso por afectar al ecosistema mismo de los partidos. Y este refuerzo de los liderazgos personalistas se traslada también ahora a su misma vida interna. Hoy, en unos países más que en otros, desde luego, estamos ante lo que podríamos denominar los “partidos del líder”, aquellos en los que este, gracias a su elección a través de los militantes, acaba obteniendo un control total del aparato<sup>10</sup>. Los controles internos se desvanecen, el líder bonapartista acaba deviniendo en la encarnación del partido.

Es cierto que las condiciones sociales han cambiado y que ahora se viven de una manera más compleja y subjetiva, que es más difícil proyectar una sola identidad en un partido, pues los mismos individuos experimentan las nuevas condiciones sociales como el cruce de múltiples identidades. El propio eje izquierda/derecha hay que conjugarlo hoy con otros no menos presentes, como el de dentro/fuera. Los de “fuera” serían los más abiertos a una política cosmopolita, favorable a la globalización y el proceso de integración europea; los de “dentro”, por el contrario, serían quienes buscan un mayor refugio en el Estado-nación. A esta distinción se puede superponer otra, que es la que sugiere D. Goodhard, la de los *Anywherees* contra los *Somewheres*, los que se sienten de “todas partes” frente a los que tienen más clara su pertenencia a un lugar específico al que están vinculados de modo emocional y existencial. Cada uno de estos polos suele corresponderse también con la polarización entre los defensores de la democracia liberal frente a los populistas, la de quienes todavía creen en la razón y la búsqueda de la verdad frente a los “emocionalistas” o, en fin, quienes favorecen una política tecnocrática frente a los que propugnan una política más identitaria y sentimental. Y a este lío añádanle también la cuestión ecológica, que en estos momentos ha llegado ya para interferir y emborronar las otrora clásicas distinciones ideológicas.

---

<sup>9</sup> ROSANVALLON, P., “Lignes Brisées”, *Le Monde* 17 de junio 2017.

<sup>10</sup> CALISE, M. *La democrazia del leader*, Roma-Bari: Laterza, 2016, p. VIII.



El mundo social ha cambiado, y eso obliga a los partidos a asumir “una dimensión narrativa” en la lógica de la representación<sup>11</sup>, ser capaces de nombrar con un lenguaje político lo que las personas experimentan de forma sensible. La democracia del siglo XXI debe ser una “democracia narrativa” en ese sentido. Pero en lugar de esto, lo que la clase política ha hecho es asumir una retórica de aparato que suena hueca. Por eso, el lenguaje político tradicional ha muerto, porque está vacío y en realidad no describe nada. El mundo ha devenido más complejo y los partidos no han sabido absorber la complejidad ni mucho menos explicarla con pedagogía. Se deja libre así el campo para el refuerzo de las políticas identitarias, que se colocan claramente por encima de la representación de intereses —el Brexit, de nuevo, es un buen ejemplo— y se facilita la conexión entre líder y pueblo, el caldo de cultivo para la simplificación populista, que bajo las vagas categorías de “pueblo” o “gente” definidas en oposición a minorías “sospechosas”, sí ha sido capaz de interpelar a los electorados. De otro lado, gran parte de la labor mediadora entre gobernantes y gobernados, entre políticos y ciudadanos, ha recaído ahora sobre los medios de comunicación y las redes sociales, cuyas lógicas favorecen claramente la *personificación* de la política.

Como acabamos de ver, los habituales canales de mediación entre sociedad y política, los partidos políticos, están perdiendo fuerza. Esto forma parte de la crisis de intermediación a la que asistimos en nuestro tiempo, donde las personas pueden resolver relacionándose entre sí a través de internet lo que antes dependía de toda una serie de instancias intermediadoras. La reorganización desde la base de funciones que hasta ahora venían delegándose en instancias más o menos corporativas y reguladas se han trasladado ya también a lo político, contagiándose del valor contemporáneo de la *inmediatez*. Todo —servicios, comunicación, posibilidades para la acción— debe ser cercano, próximo, accesible, “des-intermediado”, pero también veloz, instantáneo; no hay espacio para la espera ni para la distancia. Bajo este impulso es indudable que pierde fuerza el elemento “delegativo” que subyace al concepto de representación. Recordemos que “representar” significa “hacer presente algo o a alguien que está *ausente*”. En todas las dimensiones de la representación —estar, actuar o hablar *en lugar de* alguien— se presupone una “ausencia”, la del demos, que después de haber sido “autorizado” mediante las elecciones a sus representantes se retira ya de la primera línea de acción política. Desde luego, siguen presentes en tanto que a los ciudadanos se les encomienda el ejercicio de la *accountability* respecto del rendimiento de sus representantes, pero solo la volverán a ejercer cuando se les llame a votar de nuevo. De actores en el proceso electoral los ciudadanos pasaban a convertirse en *audiencia*.

Este elemento de la “distancia” más o menos marcada que presupone siempre la relación representativa es lo que está erosionando la “inmediatez”

---

<sup>11</sup> ROSANVALLON, P., *Op. cit.*, 2016, p. 29.

que permiten las nuevas formas de comunicación. El público está hoy siempre presente, aunque ello no afecte a la legitimidad de la autorización de la acción representativa y a la capacidad para actuar de los representantes electos. Del mismo modo en que los nuevos flujos comunicativos han conseguido desbancar el monopolio informativo de los medios de comunicación tradicionales, presionan también para romper las barreras que los distancian de los gobernantes. Y esto es particularmente cierto respecto de la dimensión de “estar” o “hablar” en lugar de otros.

Las consecuencias de esta indudable “política de la presencia” de la ciudadanía a través de internet son difíciles de prever. Por lo ya dicho, ha roto el familiar tempo más o menos pausado de la vida política y la tradicional deferencia hacia los detentadores del poder, han provocado una ruptura de la “distancia” que separaba a gobernantes y gobernados. Todo se acelera, el cambio de temas es constante; la comunicación se va envejeciendo a sí misma a una velocidad vertiginosa; no hay tiempo para la reflexión o la programación política pausada —“los ordenadores son rápidos, como la luz (..), la democracia es lenta, como el juicio prudente”<sup>12</sup>—; los liderazgos se asientan en la medida en que son capaces de aguantar y perseverar a pesar de diferentes olas de descalificación a la que son sometidos en las redes. Desde luego, esto no significa que los partidos vayan a desaparecer tal y como los conocemos, pero no es demasiado exagerado afirmar que les espera toda una reinvencción estructural de su actividad; en particular en lo que hace a la comunicación con sus militantes y simpatizantes y en su organización interna.

La cuestión más interesante es, sin embargo, si esta crisis de la representación empujará hacia algo próximo a una democracia directa, a novedosas fórmulas para ir integrando las preferencias de la ciudadanía; o si, por el contrario, los dictados de la imprescindible estabilidad política mantendrán el orden institucional y los mecanismos mediadores más o menos como están. Es todavía pronto para pronunciarse sobre esto con un mínimo de capacidad predictiva, aunque es poco probable que las nuevas condiciones tecnológicas nos lleven a prescindir de la representación y a acceder a la utopía rousseauniana de la identidad entre gobernantes y gobernados; menos aún, como predicán los populistas, a través de la mediación de un líder. Los partidos y el sistema representativo en general siguen siendo imprescindibles para la democracia. No ya solo por los imperativos de la división social del trabajo y la creciente tecnocratización de la política, que abogan por la conservación de órganos de representación en manos de políticos profesionales; también por las dificultades de organización propias de un aparato político estructurado en diferentes niveles y apremiados por una continua asesoría técnica y un orden y colaboración partidista.

---

<sup>12</sup> BARBER, B. *A Passion for Democracy: American Essays*, Princeton: Princeton University Press, 1998, p. 259.

### 3. LA REORGANIZACIÓN DE LA ESFERA PÚBLICA

Estas últimas consideraciones nos permiten enlazar con el tercer tema de los anunciados, el que a mí personalmente más me preocupa, la reestructuración del espacio público. Para ello las nuevas tecnologías de la comunicación han sido decisivas. Lo hemos visto en las campañas del Brexit y las elecciones presidenciales estadounidenses: el papel central de las redes sociales, las operaciones de difamación, el desprecio a la deliberación racional y a la realidad fáctica, el predominio de lo emocional sobre lo reflexivo —o de las pasiones sobre el conocimiento experto y el intelectualismo—. En definitiva, el paso desde una democracia mediática a lo que provisionalmente podríamos calificar como una *democracia digital*, dentro de la cual encaja como un guante eso que se ha generalizado hoy bajo la expresión de “política posverdad”.

A mi juicio, y así lo he referido en algún escrito, el tránsito desde la anterior democracia mediática a la democracia digital, es decir, aquello que favorece el cambio tecnológico, se caracteriza —de modo muy esquemático— por lo siguiente:

Por la aparición de “esferas públicas desorganizadas” (Habermas); o, lo que es lo mismo, la pérdida de un mundo público *común* conocido, y su sustitución por un consumo fragmentado guiado por la lógica del *enjambre*, la privatización (“My daily Me”) o las “cámaras de eco”, el lugar virtual en el que nos encontramos con los afines en gustos, opiniones o posicionamientos políticos. Se trata, pues, de un espacio balcanizado en el que predomina la polarización, la emocionalidad y la bronca y el ruido, y donde las pasiones dominantes son el resentimiento o el odio, pero también la acrítica aceptación —incluso sumisión fanática— a determinadas posturas.

Pero tienen también otros tres rasgos que consideramos dignos de mención: 1) “crean comunidad” entre los afines; es decir, la pérdida de los tradicionales vínculos comunitarios en el mundo real encuentra un equivalente funcional en la red; 2) son reactivas y expresivas, más que dialógicas o argumentativas; y 3) esta nueva realidad, por muy “virtual” que sea opera de facto como una “realidad paralela”, es también objeto de observación por parte de los medios de comunicación tradicionales, que en muchos casos dan cuenta de lo que en ella ocurre como parte de su labor informativa cotidiana.

Estos datos, unidos a la facilidad de acceso a todo tipo de información, opiniones o conocimientos que facilita la red está teniendo algunos efectos importantes de gran calado político que no son fáciles de resumir. A nuestro juicio serían los siguientes:

1) la introducción de un proceso continuo de pérdida de *auctoritas* de toda posición de dominio o poder. Eso lo experimenta desde el profesor, cuyas

clases pueden ser contrastadas en tiempo real por el alumno con sus portátiles, pasando por los médicos, que ahora se ven obligados a discutir con los pacientes sus diagnósticos, o los políticos, que son recriminados en el ciberespacio cada vez que abren la boca. Otro tanto puede decirse también de los medios de comunicación tradicionales, cuyas informaciones compiten con otros contenidos, casi nunca contrastados, que proliferan en las redes. El desprecio a los “expertos” que observamos en las elecciones estadounidenses o en el referéndum del Brexit son otra buena muestra de ello. La propensión de las actitudes populistas a una nítida división binaria entre nosotros/ellos se traslada también al conocimiento experto. La “verdad”, como veremos enseguida se convierte en mera opinión. “Verdadero” es lo que afirman los nuestros. Por eso su gran enemigo son, precisamente, los medios de comunicación de prestigio, que insisten en el *fact-check* y en la argumentación racional. Para el populista, como apreciamos sobre todo en Estados Unidos, la oposición ya no está en los otros partidos o candidatos, está sobre todo en la prensa. No en vano encajan en la denostada categoría de élite. Y su principal defensa es trasladar a los medios la acusación de mendacidad. En Alemania, el polémico T. Sarrazin vulgarizó el término de *Lügenpresse* (prensa de las mentiras), que ha sido recogido y usado allí con profusión por parte de la extrema derecha. El resultado es que la sociedad se ha quedado huérfanas de personas o posiciones con “carisma”, ese intangible sobre el que se asienta la *auctoritas*.

2) Los medios de comunicación tradicionales se ven afectados, además, muy directamente por la crisis general de intermediación. Las personas pueden resolver por sí mismas o a través de la organización entre ellas por internet lo que antes dependía de toda una serie de instancias intermediadoras. Cualquiera puede ser ahora “periodista” o emitir informaciones u opiniones sin tener que acudir a los medios establecidos. Se tiene la percepción de que muchos de estos clásicos “mediadores” sobran, algo que, por otra parte, se percibe también en la desaparición de las instancias de intermediación en el mundo económico. Como es sabido, el propio presidente de los Estados Unidos puede comunicarse con sus seguidores sin intermediarios, a golpe de tuit. Y esto afecta también, como es obvio, a los propios partidos políticos. Un público constituido por yoes acostumbrados a entrar y salir de redes o “enjambres” y crecientemente complejo y diferenciado no se deja agrupar ya por adscripciones partidistas más o menos prefijadas. De ahí que la volatilidad electoral y de opinión esté aquí para quedarse.

3) Ha surgido una lucha feroz por el “mercado de la atención”. Internet se ha convertido ya en un gran almacén de oferta ilimitada, que se combina con el propio de las cadenas de televisión, de más de un centenar en muchos lugares. Continuamente surgen nuevas plataformas on-line, periódicos digitales, páginas web o blogs de distinta naturaleza, vídeos, *chat-rooms*, nuevas redes sociales —Twitter, Instagram, Facebook, SnapChat—, etc. La competencia por captar audiencias es despiadada, porque su característica fundamental reside, precisamen-

te, en que la capacidad humana para la atención es limitada. Y ya han empezado a generarse todo tipo de trucos o estrategias dirigidas a “tentar” al consumidor para empujarle a entrar en determinadas páginas o ampliarle la oferta de redes sociales. El resultado es una descarnada lucha por la audiencia como no habíamos visto desde la aparición de la televisión privada.

¿Qué consecuencias tiene esto para la conversación pública y el debate político?

Muchas de ellas son bien conocidas y no entraré en ellas a fondo, como toda la sintomatología que conocemos bajo el nombre de política posverdad, la proliferación de las noticias falsas o *fake news*, el descrédito o la indiferencia hacia la verdad, las mentiras sin control, etc. Esto en muchos casos provoca algo que en algún lugar he llamado “la *ficcionalización* de los hechos y la *factificación* de las ficciones”. O sea, que los hechos reales se presentan como patrañas, y la mendacidad como el reflejo de hechos objetivos sin que haya ninguna instancia con la capacidad para imponer un verdadero *fact-check* o control de su ajuste a la realidad. Y si la hay, resulta indiferente, se actúa como si no existiera (*bullshit*); sobre todo, porque hay una propensión a dejarse convencer por los “nuestros”. Este es el núcleo de la política posverdad, que —recuérdese— en su definición canónica es “aquella información o aseveración que no se basa en hechos objetivos, sino que apela a las emociones, creencias o deseos del público” (DRAE). No importa lo que es real, sino lo que “se siente” como tal. La reiteración de falsedades, bien envueltas en recursos retóricos y apelando a lo emocional, acaba siendo aceptado como cierto. Por eso se habla también de una “epistemología tribal”, que David Rogers define como el acto de “evaluar la información no a partir de estándares comunes de evidencia o su correspondencia con una comprensión común del mundo, sino a partir de su coincidencia con los valores y fines de la tribu y su aceptación por los líderes de esta”<sup>13</sup>. Como es lógico esto excluye toda posibilidad de hablar de algo así como una autoridad trans-partidista encargada exclusivamente de establecer los hechos. Jonathan Haidt, experto en psicología moral, habla también de la generalización creciente de la “moral tribal”, donde el código moral habitual, bueno/malo, se diluye en la oposición entre nosotros/ellos. Bueno es lo nuestro, malo es lo de ellos —*right or wrong, my country!*—. Y añade que la moral tribal “une y ciega” (*binds and blinds*) a la vez<sup>14</sup>. Nos pega al grupo y nos ciega, nos impide ver la perspectiva de los que no forman parte de él. Más importante que lo que pensamos es, por tanto, el “con quién” compartimos esas convicciones. Por cierto, el mejor ejemplo de moral tribal lo acabamos de ver en el Senado de los Estados Unidos con el *impeachment* de Trump. Primero se

---

<sup>13</sup> ROBERTS, D. “Donald Trump and the rise of tribal epistemology”, *Vox*, 19 de mayo 2017.

<sup>14</sup> HAIDT, J., *The Righteous Mind: Why Good People are Divided by Politics and Religion*, N. York: Pantheon Books, parte III.

torpedeó la posibilidad de acudir a nuevas instancias de prueba por parte de la mayoría republicana y, a pesar de que todas las pruebas apuntaban a la culpabilidad del magnate, acabó saliendo absuelto. Como dijo el diario *The Guardian*, aquí el partido republicano vendió su alma por seguir en el poder. *Right or wrong, my President!*

Me gustaría insistir aquí en la importancia de los afectos, de las emociones, porque tanto las neurociencias como la psicología cognitiva nos han puesto ante la evidencia de la dificultad de distinguir entre una u otra dimensión, la cognitiva y la emocional, el *logos* y el *pathos*, el pensar y el sentir. Esto lo sabe bien el populista, experto en la movilización política de los afectos. Su acción discursiva se dirige, pues, a implantar, reforzar o manipular sentimientos. Se apela, así, a quienes participan de las mismas emociones/opiniones; crean, por decirlo en el lenguaje de Laclau, “cadenas de equivalencia” entre los afectos. Y, dado su énfasis sobre las lógicas binarias, fortalecen lo que unifica —el amor a la nación, por ejemplo— actuando a la par sobre los sentimientos negativos de quienes son percibidos como amenaza, odiados o temidos.

Una conclusión provisional, por tanto, puede ser que internet, lejos de ser ese maravilloso instrumento que los ciberoptimistas nos vendían como la panacea que vendría a hacer posible mayores cotas de participación política e incluso esquemas de democracia directa, nos ha introducido, por el contrario, en una práctica política casi reducida a la pura expresividad, adversaria, schmittiana, completamente alejada del ideal de la democracia deliberativa. Se dirá que, como todo instrumento, su impacto es ambivalente, que depende de cómo lo utilicemos. Hay una frase del sociólogo alemán O. Nachtwey que va en esta línea: “las cámaras de eco o las burbujas de filtro de internet refuerzan el resentimiento”, pero resultaría demasiado simplista decir que lo explican: “culpar a los algoritmos sería como responsabilizar a la radio de los actos de Goebbels<sup>15</sup>”. Desde luego, tanto la radio como la televisión se han utilizado como implacables medios de propaganda, pero tengo para mí que con internet, los algoritmos y la inteligencia artificial estamos entrando en un mundo cualitativamente diferente. Trataré de explicarlo del modo más simple posible.

Lo nuevo es que las preferencias individuales, los deseos y pensamientos, que antes solo eran accesibles a los propios individuos, ahora son transparentes para observadores externos. El individuo ha dejado ya de ser una caja negra en el sentido de que hasta que no manifestara sus preferencias no podíamos acceder a ellas sino a través de formas indirectas, como los sondeos, por ejemplo. Ahora basta con seguir su huella digital para abrir la puerta hasta su yo más íntimo. Todo está ahí, solo se precisa una máquina de búsqueda inteligente

---

<sup>15</sup> NACHTWEY, O. “Descivilización. Tendencias regresivas en las sociedades occidentales”, en Varios Autores, *El gran retroceso*, Barcelona: Seix Barral, p. 250.

para agregar los datos, clasificarlos por categorías y, si así lo deseamos, interferir sobre ellos. Gente que quiera manipular las elecciones utilizará nuestras debilidades y nuestros miedos contra nosotros. Podrán tocar nuestras emociones, por ejemplo, como quien aprieta un botón. Como dijo Yuval Noa Harari, quien últimamente está reflexionando sobre la interconexión entre la red y la inteligencia artificial, “una vez que alguien consiga la habilidad tecnológica para manipular el corazón humano —de forma fiable, barata y a escala—, la política democrática se convertirá en un espectáculo de guiñol emocional”<sup>16</sup>.

Habitualmente tendemos a pensar que los rastros que vamos dejando se utilizarán después con fines comerciales, pero el ejemplo de *Cambridge Analytica*, la empresa de minería de datos que interfirió en las elecciones estadounidenses valiéndose de información personal de 50 millones de usuarios de Facebook, nos abrió los ojos ante estas nuevas formas de interferencia *política*. Como también lo hizo el hackeo ruso durante la campaña americana y otros procesos electorales en Europa o durante el conflicto en Cataluña. Y por lo que desveló Edward Snowden, sabemos también que los servicios secretos estadounidenses, bajo la cobertura de la seguridad nacional, acceden sin apenas restricciones a los mails y teléfonos de ciudadanos de su país. Como es conocido, donde la situación es más aterradora a este respecto es en China, pero no es algo que acabe de alertarnos porque lo atribuimos a su propia naturaleza de Estado autoritario y al hecho de que todas sus grandes empresas tecnológicas están bajo control público. Allí observamos, en efecto, una mezcla entre el modelo de Orwell, de observación y control total de la población, y el de Huxley, bajo el cual estos mecanismos de supervisión se perciben como casi inocuos porque son compensados por un hiperconsumo que llega a un número cada vez mayor de personas y les distrae respecto a las consecuencias de la dimensión represiva.

Sin embargo, sí hay razones para estar preocupados. No podemos perder de vista que internet ha dejado ya de ser un espacio libre y abierto y que hay países —China, desde luego, y ahora Rusia— que han comenzado a controlarlo porque temen sus efectos deletéreos para sus estrategias fiscalizadoras de la población. Y también, y esto sí que me parece preocupante, porque todos los operadores de internet están en manos de un puñado de grandes empresas tecnológicas que gozan de una enorme autonomía y a las que cabe presumir actividades ocultas poco compatibles con la privacidad de los datos personales. Y esto tiene importantes consecuencias para la democracia. Hemos venido diciendo que la mayor transformación provocada por las nuevas tecnologías es que facilitaron el proceso de desintermediación con las consecuencias políticas ya vistas. Pero ¿quién controla a eso que podríamos calificar como los intermediarios de la desintermediación? ¿Quién controla a quienes la hacen posible?

---

<sup>16</sup> HARARI, Y. N. “Why Technology favours Tyranny”, *The Atlantic*, octubre 2018; <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2018/10/youval-noah-harari-technology-tyranny/568330/>

Como vemos, esto nos conduce a la famosa pregunta de *quis custodiet ipsos custodes?* Me temo que, a pesar de las comparecencias parlamentarias de Mark Zuckerberg en el Congreso estadounidense y en el Parlamento Europeo, no hay custodios que valgan. Por otro lado, el 85 % de las patentes de inteligencia artificial se reparten entre Estados Unidos y China, que son también los dos países líderes en 5G. Las limitaciones a la soberanía comenzarán a ser a partir ahora de una naturaleza distinta de la que antes presentamos como propia de los mercados desregulados.

## CONCLUSIÓN

Como pueden observar, lo desvelado hasta ahora no nos permite ser excesivamente optimistas. La actual crisis de la democracia es una muy *mala* noticia porque hoy no parecen darse las condiciones para hacer efectivo el control del poder, la sustancia misma del elemento liberal de la democracia. Y no lo digo solo por lo recién referido. La fragmentación del sistema de partidos y la volatidad electoral hacen cada vez más difícil la gobernabilidad, debilitan la centralidad del parlamento e imponen diferentes variedades de vetocracia, y favorecen la aparición de los hiper-liderazgos, al menos en los sistemas presidencialistas. Además, la judicialización de la política y la correspondiente politización de la justicia emborrona los presupuestos de la clásica división de poderes. Y allí donde el Ejecutivo manipula directamente la composición y las funciones de los órganos judiciales, como en Hungría y Polonia, aquella se desvanece. Pero no hace falta fijarse en Europa oriental, el caso del *impeachment* de Donald Trump ha sacado a la luz cómo no existen apenas límites institucionales a la acción de una presidencia que controla el Tribunal Supremo y el Senado, aunque a mi juicio a pesar de todo no peligra todavía la democracia en dicho país. Lo que me preocupa es que se nos están cayendo a la vez Montesquieu, la división de poderes, y Locke, el espíritu de tolerancia, el gobierno representativo, y el ideal del control del poder. A la tradicional política liberal de respeto por el pluralismo, la deliberación parlamentaria y la ordenada confrontación de intereses la está supliendo una cultura política asentada sobre la polarización, la distinción schmittiana amigo/enemigo y el predominio de políticas identitarias.

Yasha Mounk, un joven profesor de Harvard que indaga sobre estos temas afirma que el problema hoy es que estamos ante una democracia *iliberal* y un liberalismo —fundamentalmente económico— *no democrático*<sup>17</sup>. O sea, que se ha producido un desacople en ese virtuoso matrimonio entre los elementos liberales y democráticos que en su interacción conjunta sostenían esta forma de gobierno. La mayor urgencia para resolver la crisis de la democracia

---

<sup>17</sup> *Op. cit.*



habría de consistir así en procurar un nuevo reajuste de dichos elementos. Cómo haya de hacerse ya es otra cuestión.

Como dije al principio, no quise ocuparme directamente del populismo porque es un fenómeno complejo que merece una intervención más detenida. Pero sí me gustaría referirme a él al final en lo que tiene de síntoma de algo que va más allá de la crisis de la democracia. A mi juicio representa también un descontento con las condiciones *culturales* de nuestra sociedad. Es una forma de construir discursivamente el Gran Rechazo, el “así no”, y vive más de buscar culpables e inflamar pasiones que de enhebrar coherentemente un proyecto ajustado a la nueva gobernanza. En ese sentido funciona como un sistema de alerta, una alarma que se activa y nos obliga a pensar en qué es lo que no está funcionando. Pero a la vez representa una amenaza. Por eso en algún sitio he hablado de él como un *pharmakon*. Este término griego, que tanto fascinó a Derrida, tiene dos sentidos contradictorios: el de medicina y el de veneno, lo que cura y lo que mata. Todo depende de la dosis. Algo parecido cabría de decir del populismo. Gracias a él hemos sido conscientes de muchas de las contradicciones de nuestra sociedad, de los anhelos no satisfechos y las demandas silenciadas, de la hipertecnocratización política, de las heridas abiertas en la cohesión social. Si conseguimos enmendar estos y otros problemas su fuerza irá disminuyendo. Pero un exceso de populismo, ya lo sabemos de sobra, acabará de dar la puntilla a nuestras vulnerables democracias, actuará como un veneno.

Acabo con una cita, ciertamente pesimista, de Philipp Blom: “La democracia y los derechos del hombre no son la norma ni la consecuencia lógica del progreso. Son una joven y rara excepción histórica, quizá solo un mero episodio”<sup>18</sup>. En nuestras manos está el evitar que así sea.

¡Muchas gracias por su atención!

---

<sup>18</sup> BLOM, P. *Was auf dem Spiel steht*, Munich: Carl Hanser, 2017, p. 190.

